

Gómez Rojas, el poeta y su tiempo

¿Cómo era Santiago en 1920? Si la memoria no me falla, se veían pocos habitantes; el aire era limpio, los provincianos estaban tranquilos en sus campiñas y algunos venían a la capital a celebrar las Fiestas Patrias, a gastar unos pesos de 18 peniques. Los guardianes vestidos de azul tocaban sus pitos en las esquinas, a la hora de la "oración", o sea al atardecer. En las casas no había, por cierto, radio, en la mía y en la de innumerables habitantes, carecíamos de teléfono; las novedades se comunicaban personalmente, si había alguna prisa, el joven de la casa montaba en su bicicleta. En los veladores de las mujeres estaban las novelas de Alberto Blest Gana, *El ideal de un calavera*, *Martín Rivas*. Las noticias intempestivas se anunciaban en las calles mediante un suplemento del diario de la mañana, voceado con sus trágicos detalles por un suplementero, con seguridad remoto antepasado de los actuales. Una tarde primaveral, cuando ya oscurecía, oí una noticia que me emociona hasta hoy: La muerte de un pobre estudiante, José Domingo Gómez Rojas. Un momento después, con el diario en la mano, en la penumbra del hogar, mi madre lloraba. Era un 29 de septiembre de 1920.

En 1920, se vivía un final de régimen. El presidente de la República, don Juan Luis Sanfuentes, terminaba su período y las masas populares se agrupaban frente a la casa de don Arturo Alessandri, ubicada en la Alameda frente a Morandé en la proximidad de donde hoy se encuentra el ex Ministerio de Defensa Nacional. Algunos partidarios más apasionados disparaban sus revólveres al aire, en señal de regocijo.

Don Arturo Alessandri se asomaba al balcón de su casa y hablaba al pueblo, dándole a conocer sus estados de ánimo o posaba para un escultor, que fijaba sus rasgos en un trozo de arcilla. Y con el pueblo y su diestro caudillo se agitaban también los estudiantes que estaban contra la guerra con el Perú, debiendo afrontar la odiosa acusación de estar vendidos al oro peruano. 326 - 20

Una tarde lluviosa partieron las tropas al norte desde la estación Alameda y fueron despedidas por el presidente de la República, don Juan Luis Sanfuentes, cuyo hijo iba entre los movilizados provocando la emoción solidaria de nuestra burguesía que, con los años, cambiaría el corruptor oro peruano por la monserga del oro de Moscú.

Sin embargo, la movilización militar no era suficiente para mostrar el patriotismo exacerbado. Un grupo de fanáticos, azuzados por un político astuto asaltó la Federación de Estudiantes de Chile, en la primera cuadra de Ahumada, y golpeó a los muchachos que allí se encontraban, llevándose la plancha de bronce que se encontraba en el frontis.

José Domingo Gómez Rojas fue detenido y encarcelado, tan sólo por ser tildado de anarquista y por encontrarse

le afrontó con un cigarrillo en la boca.

Todo esto es preciso recordarlo para entender por qué fue apresado Gómez Rojas, un muchacho de 24 años, hijo de un ebanista y de una abnegada mujer que no sabía firmar; él había alzado el vuelo desde la humilde pieza de un conventillo a los estudios de derecho y de pedagogía en castellano. Otro aspecto desconocido es la precocidad del poeta, autor de versos románticos en una edad que fluctúa entre los catorce y los veinticuatro años; viajero por Argentina, sin medios de subsistencia; autor de una novela intitulada *De mar a mar*; comentarista del notable tallador y poeta Arturo Zúñiga Quilodrán, contemporáneo suyo, fallecido en 1982. José Domingo firmó sus primeros versos con el seudónimo de Daniel Vásquez, apellido este último de un medio hermano suyo a quien presentamos, con la cabecera de Manuel Rojas, en el antiguo Sindicato de Escritores, entre 1947 y 1950.

El testimonio de las torturas sufridas por el poeta antes de ser trasladado de la cárcel a la Casa de Orates, donde murió, lo ofrecen Carlos Vicuña Fuentes en su libro *La tiranía en Chile* y González Vera, en su obra *Aprendiz de hombre*. Los restos de Gómez Rojas fueron trasladados de la Casa de Orates a la Federación de Estudiantes. El rasgo audaz se produjo durante el sepelio, cuando apareció Santiago Labarca, quien se encontraba prófugo, e hizo uso de la palabra, debiendo protegerlo los asistentes, revólver en mano, hasta que alcanzó un automóvil que le sacó del peligro.

Gómez Rojas superó con su inmolación y el idealismo de su poesía, los cartabones puramente estéticos. Es un poeta desprovisto de sensualidad, puritano y abstemio, obsesivo en su lucha por los humillados y ofendidos, próximo a los taumaturgos y los santos. He aquí un soneto aparecido en *Rebeldías líricas*, editado por Ercilla en 1940, con notas fervorosas de Andrés Sabella. Dice así:

"Y empieza la jornada que es poema, / que es poema de ímpetus salvajes / y el obrero que sufre y que blasfema siente el vértigo atroz de los mirajes. // La fragua purpurina el rostro quema; / las máquinas agitan sus correajes / y en ese movimiento, una suprema fuerza, crisperos férreos engranajes. // Las máquinas emprenden sus faenas / como bestias jadeantes llenas de ira, / sujetas por las lúbricas cadenas. // Y en los negros y cóncavos hornillos / se enciende del carbón la roja pira... / y cantan en los yunques los martillos".

Basta esta cita fugaz para situar a un poeta. El escritor moderno que busca entre papeles los resplandores de una personalidad trascendente, a cada momento más huérfano de testimonios directos, puede sentirse interpretado por este dístico de otro poeta trágico en todo el sentido de la